

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit in Carlistico comitatu deesse Proceres atque Magnates novæ creationis, anathema sit.

Si alguno dijese que en la Corte de D. Carlos no hay una lucida grandeza vaciada ahora de fresco, lé endiño de firme.

CONC. GERUND.

Titulos y locuras.

Apenas pisó D. Carlos el suelo de Aragon de vuelta de su expedicion á Cataluña, lo primero que hizo fué celebrar un consejo de generales

para premiar los méritos contraídos durante la lucha actual por los cabecillas de aquellas provincias. Sentada la magestad intencional de D. Carlos en un asiento rústico en medio de un monte á la cornuda luz de una luna incipiente, cuenta la crónica aragonesa que sacó unos pergaminos arrancados de un libro de coro, que tenia unas hojas en blanco, y dijo: «aquí, ó ilustre Serrador (1), gloria y honra de todas las sierras, serruchos y aun escoplos que se usan y usar pueden, aqui tienes el título de Marqués de la Plana, pequeña recompensa á los heróicos servicios que has prestado á la causa santa de la inquisicion, pero que me reservo premiar mas dignamente luego que me vea sentado en el trono de mis abuelos, para el que vamos andando sin parar.» Me conformo, señor, y lo acepto sin repugnancia, aunque me haga daño, tan solo por complacer á S. R. M., dijo el Serrador. En seguida sacó otro pergamino, y dijo: «recibe, ó piadoso Cabrera, el diploma de Conde de Cantavieja que tus religiosos hechos de armas te han grangeado durante la divina lucha contra la Reina pretendiente y usurpadora, á que vamos un dia de estos (bendito sea Dios) á dar glorioso fin.—Señor, ¿el título de conde de Cantavieja asi aislado?—Pues qué: ¿aspirabas á mas?—¿Qué menos, señor, debiera añadirsele que los de *duque de San Mateo*, señor

(1) Nombre de uno de los cabecillas.

de Liria y Caspe ó sea Dominus Caspensis et Lirienensis, Patriarca de la nueva Jerusalem aragonesa, Hortelano Real de la huerta de Valencia, caballero de Chiva y las Cabrillas, ó sea Eques chivatus, et Capreolus, Gran Almirante de las barcas de Cherta, y por último, ya que no fuese el de santidad, á lo menos el de Beatitud Cabrerina, ó aunque fuese Cabruna?—No seas ambicioso, y sírvate de ejemplo mi generoso desprendimiento en esta parte. ¿Ves que haya yo adoptado ninguno de los honoríficos títulos que los mismos periódicos de la Reina rebelde no han podido menos de prodigarme, confesándome á todos ellos acreedor? ¿Ves que me titule yo rey de las selvas, rey montaraz, rey de los bosques, rey agreste, magestad selvática, rey vasco, rey fugitivo, rey ambulante, rey corredor, rey liebre, mal aconsejado príncipe, rey inquisitorial, rey de los frailes, rey de la triste figura, rey de bastos, Carlos el imbécil, Carlos el temerario, ni aun siquiera el rey Gerundio, con cuyo dictado me acaba de favorecer uno de sus mas ruidosos y despreocupados periodistas? Unicamente pienso conservar el de Emperador; y eso por lo bien que suena al oído *el Emperador Carlos V.*; y porque no está en el orden que un príncipe de mi esplendor sea menos que ningun tocayo suyo. Los demas títulos los renuncio generosamente, y tú que eres un vasallo mio debieras imitar en esto el ejemplo de tu rey.—Señor, dijo á esta sazón el fraile Esperanza, no haga S. M. caso de este ba-

dulaque: es un loco de atar: el que le oiga, creará que es por ahí algun nieto del conde de Saldaña, y que descende de la pierna del Cid, y es Ramon Cabrera, el capellan de coro de Tortosa á quien ningun obispo quiso ordenar por ignorante y por calavera. No haga S. M. caso de él. Mas le valiera imitarme á mí, que me contentaré con el título de *Baron del Plá del Pou*.—¿Qué te parece á tí de todo esto, Quilez? preguntó el rey Gerundio al gefe de la caballeria.—Señor, (respondió) voy á contestar á S. M.

«Habia en la casa de Orates de Zaragoza un famoso loco, á quien le daba por decir que era dos veces la santísima Trinidad, porque este misterio (añadia) se reduce á ser tres personas distintas en una sola naturaleza, y esa es una grandisima friolera. Yo soy tres naturalezas distintas en una sola persona verdadera, y tres distintas personas en una sola verdadera naturaleza: ¡este sí que es misterio! Visitábale el cómitre todos los dias, y le preguntaba, cuantas eran las personas de la santísima Trinidad; á que respondia el loco: *tres y una, una y tres; y yo solo soy las seis*. Esta respuesta le valia sendos latigazos, y á cada uno de ellos le repetia; picaro! ¿tú la santísima Trinidad? tú tres personas en una naturaleza ni una naturaleza en tres personas? Ven acá, infame; ¿no sabes que eres Crispin el zapatero? Con eso pasaba á la otra jaula, y viendo el loco en ella encerrado la nube de lapos que habia descargado en el vecino, le de-

cia con voz sentenciosa y ajuiciada: «Padre, no haga caso de ese loco, que es un pobre simple, y pase adelante, que yo no aspiro á tan altas cosas, pues me contento con ser S. Isidro.»

«Quiero decir, señor, que si el capellan Cabrera es un verdadero Orate en sus pretensiones, aspirando á ser mas que la santísima Trinidad, como Crispin el zapatero, poco menos loco me parece el fraile Esperanza en contentarse con ser san Isidro. En una palabra, *Orate frates*, todos estos hermanos son unos locos rematados.—¿Y qué seras tú, le replicó el rey Fauno, perteneciendo á la misma hermandad?—Señor, yo no he cometido mas locura que la de seguir á V. M. y quédese esto así, y no nos metamos en averiguar quién es el mas loco, porque quien menos se piensa, sacará la mas larga. ¿Ve V. M. la luna que nos alumbra? Pues es la de Valencia, y á ella nos hemos de quedar todos; á no ser que haya otros mas locos que nosotros, que nos estén haciendo el caldo gordo, jugando al gana-pierde, y de este solo modo podremos ganar.»

Armado estaba ya el brazo vengador del conde de Cantavieja y pronto á descargar sobre el que así se habia explicado, cuando se oyó ruido de trompetas y caballos, que sospecharon ser de la Reina, y ya no pensaron mas que en recoger velas, y huir cada uno como pudiese, demostrando en esto que aunque locos, nos ganan á cuerdos en cuanto á cortar particulares escisiones,

cuando suena la trompeta del enemigo comun. Hay locos que dan lecciones, y cuerdos que no saben aprovecharlas; es decir, que hay locos mas cuerdos que los cuerdos.

FR. GERUNDIO Y SU LEGO SOBRE LAS MONJITAS.

Dime, Tirabeque: una monja en la cocina, dos en la puerta, otras dos en el torno, y una en la enfermeria ¿cuántas monjas te parece á tí que son?—De modo que si la que está en la enfermeria está asistiendo á otra monja, vienen á ser siete entre todas; si asiste á dos son ocho, y si á cuatro son diez: porque, señal de que hay alguna enferma cuando está allí la enfermera, si nó ¿qué habia de hacer en aquel sitio?—Y crearás que has contado bien: ¿quién sabrá contar mejor, un diputado á Córtes ó tú?—En verdad, señor que como van trece meses que no anda la mosca, no será extraño que se me hayan olvidado las cuentas; pero de seis monjas, aunque no haya ninguna enferma, no le baja á V. una monja por bien que le ande.—A ver, hombre..... tienes razon, pues no sé cómo pudo contar el señor Garcia Blanco en la sesion del 21, cuando para probar que con cuatro monjas no se podia observar la disciplina en un convento, nombró todas estas que yo te he dicho

á tí.—Eso fue un yerro de monja que no vale nada: ¿pero en el coro no dijo si había alguna?—Vaya, hombre, con que para probar que no podía haber disciplina, te había de llevar las monjas al coro? En el coro no dejó ninguna, porque le hacia mal tercio para lo que él quería probar. ¿Y cuántas monjas te parece á ti que dice ese señor que son de absoluta necesidad para que haya disciplina?—Por ahí ocho ó nueve.—Echa monjas. ¿Diez?—Echa monjas.—¿Once?—Echa otra monja.—Y en el convento donde estuvo de vicario el P. Circumloquio que hay once, y ademas una monjita casi enana, que la llaman media-monja, ¿no se podrá tampoco guardar la disciplina?—No te baja el señor Blanco ni tampoco media monja; como que dijo en la misma sesion que aunque fuesen once y media, por su voto se cerraba el convento.—Ah señor, si le pilláran dentro de ese convento que le digo á V. me parece que le pelaban; cabalmente hay unas garduñas....! Yo creó que no le dejaban once pelos y medio en todo su cuerpo; y hasta la enana, ya que no le alcanzára á la cabeza, qué se yo si dejaria de ingeniarse para dar tambien su repelon.—Esas son rabieta mugeriles que no vienen al caso; ya se ve, ellas no conocen la importancia y trascendencia de sus aberturas ó de sus cerraduras; esto es, de que se suprima y cierre un convento, ó de que quede abierto y se conserve; de esto puede depender mucho el bueno ó mal éxito de nuestra causa, los

apuros ó desahogos de la hacienda, y la pureza ó corrupcion de la disciplina monástica. Y así me parece muy mongi-político que no se rebaje nada del número doce. Lo que no me gusta tanto es que á las monjas que quieran salirse del claustro, si despues por cualquiera causa se arrepintiesen ó disgustasen de la vida del siglo, y quisiesen volver á su convento y antigua vida, se les prohiba de todo punto la entrada.—¿Que quiere V. señor? Bastante tiempo fueron los conventos como ratoneras; en donde lo que entraba no podia volver á salir; y ahora es preciso que sea al reves, y que lo que salga no pueda volver á entrar. Yo no tengo mas razon para creer que eso sea bueno sino el ser al reves de lo que era antes, y me parece que basta.—*Y sobra*; como que por hacer una cosa buena, tengo proyectado mandar que te se vuelva lo de dentro á fuera.....—Señor, yo no influyo nada en la sociedad: y las reformas deben siempre empezar por las cabezas; con que seria mejor volverle á V. al reves antes que á mí.—Vaya, vaya, déjanos en paz; no te faltarán nunca marrullerías, Sobre todo, si lo hiciese, hecho quedaria; soy tu amo, y basta.—*Y sobra*, digo yo ahora, señor. Ya sé yo que los amos, mientras lo son, pueden volver al reves lo que se les antoje.



NON PLUS SAPERE QUAM OPORTET SAPERE.

No CONSISTE EN SABER,

SINO EN SABER COMO CONVIENE.

Hay hombres que saben tanto, que como decimos vulgarmente los castellanos, todo lo tienen *en la uña*. Los hay á quienes embriagan las letras, como á otros el vino. Los hay que saben mas de lo que convenia que supiesen, pues saben hasta engañar. Y últimamente, los hay que se pasan de puro sabidos.

De todas estas castas de sabios iba á hablar yo Fr. Gerundio en un castellano asi llanote y de siete suelas, como el que se habla en el riñon de campos, para que no hubiera segador ni mozo de mulas que no me entendiese, cuando se me vino á las manos, como llovido del cielo, un libro portugués, que decia lo mismo que yo iba á decir; con que en portugués lo encajo, que al cabo tambien cansa estar siempre hablando en una misma lengua.

«Que haja no mundo embusteiros, dice este tal portuguesiño, naon he para min cousa nova; mis que haja quem os admita, hé o que choro; sen acabaren de cahir que tudo saon sonhos de Scipion, enredos de Palmeirim, jigantes de pal-

ha, com que nos armaon, mais á levar o ouro do reino, que a defender a coroa delle; e nisto he que poem toda a sua sabedoria, que trazem escrita na unha.

Outras unhas andao entre nos tao sabias, que despontao de agudas: e podemos dizer dellas o que disse Festo a san Paulo: *mulcæt literæ ad insaniam convertunt*. Estes sao os Estadistas, Alvitristas, Criticos e Zoilos, que tem por ley seu capricho, e por idolo sua opiniaon; e para a sustentarem nao reparaon en daren a través com huma monarquia: e ha gente tao cega, que levada só do sequito que os tais por outra via ganharaon, até a seus erros chamaon sabedoria, sen advertirem nos grandes damnos que de seus conselhos nos resultaon.»

Tiene razon el finchadiño, sino que parecemos bobos los españoles; como nos fijemos en que uno *sabe*, aunque despues resulte que sabe punto mas que el diablo en lo que convendria mas que ignorase, y que yerra mas que un herrador en lo que competia que supiese, adoramos *os seus erros*, e *chamamosos sabedoria*. Asi es que nunca nos faltarán *Merlines* que nos tengan con la boca abrida!

